

SEGUNDO PUESTO

El paseo del misógino

Lina María Castro Torres
Facultad de Educación Virtual
Directora Instruccional
dinstruccional1@uniagustiniana.edu.co

Está atrás, pero muy atrás de su mirada, toda su ira reprimida. El paseo del misógino: con un paso y luego otro, se diluye el fastidio de sí mismo, el deseo de abandonar la biografía que contiene su cuerpo. Una emoción que solo entiende en una erección leve que no sabe cómo desquitar.

Tal recorrido pasa por su mente como una efervescencia de quince minutos. Con ese calor, hierva una sopa de rencor que no termina de cocerse. Ve a una mujer que viste una falta corta. Ella no reconoce su existencia como fuera debido, y él se queda vacilante e indefenso ante un malestar conocido, pero no consciente. He aquí sus reflexiones:

«Todos los días el mismo camino, pisada tras pisada las mismas putas. Todas ellas, o son muy feas o son muy putas. Voy a pasar al lado de esta mujer y su hijo que me estorban, deberían estar escondidos en su casa, reclusos del mundo entero».

Pasa siempre frente a una panadería en la que atiende una joven de diecisiete años. Es muy hermosa: tiene pelo brillante y una cara perfecta. Sueña cinco pasos antes de llegar que le sonrío, y vive con tanta alegría ese momento de ensoñación que su mirada adopta una luz especial, parecida a la alegría de un niño. Pero hoy, como todos los días, la dependienta está ocupada en los pedidos. El misógino piensa para sí mismo: «Puedo tenerla cuando quiera. Igual era Mónica al principio y terminé casándome con ella».

Mónica lo dejó después del tercer aborto espontáneo. Todo era culpa de ella por no cuidarse de forma apropiada. «Nunca me escuchaba. Si hubiera cumplido como mujer, tal vez alguno de esos embriones se hubiese convertido en un hombre fuerte». Un hombre fuerte igual a él, igual a su padre, es lo que tiene en mente este misógino. «Porque así lo hubiera criado», determina en sus reflexiones.

Estuvieron casados por cuatro años y medio, pero ella se fue un tiempo para pensar. No obstante, eso se convirtió en un hasta nunca que comprendió luego de vidrios rotos, amenazas, intervenciones de la policía, ruegos de las hermanas de ella y, finalmente, golpiza dada por matones contratados por el puto de su suegro. Tiene que parar unos segundos cuando llega a este punto de la reflexión, el cual coincide con el dibujo grosero de un pene sin testículos que alguien pintó en la pobre casita que resiste la oleada inclemente del paso comercial y la invasión de centros nocturnos.

Luego tiene que atravesar la calle para llegar a su trabajo. Pasa por el frente de una tienda de valijas. La dueña del local ordena la mercancía para su exhibición y deja en la esquina una maleta idéntica a la que tenía Mónica el día que se fue. En aquel momento, piensa: «Maleta de florecitas de mierda, como de mierda son las mujeres. Se fue para pensar y terminó cogiendo con un baboso cualquiera. No entiendo por qué prefirió a ese blandengue».

La dueña de la tienda ha ido creciendo poco a poco. Y entre cada uno de esos pocos, el misógino la ha visto disminuir con sus órdenes a los proveedores y los mismos empleados que tienen la caridad de ponerse al servicio de una vieja mal cogida. Entonces, siente que su erección se intensifica un poco más.

«Esa tendera de quinta es una mandamás, es una convencida. Lanza las maletas a mis pies con sus ínfulas de macho. Si a esa gorda mal vestida entre cinco la colocan en su lugar, entiende lo que es ser un hombre de verdad». Con repugnancia siente que las maletas caen detrás de él y escucha los gemidos de fuerza de la vendedora de equipajes. Hace una mueca de asco que nadie ve.

Su madre trató de ocultarle el embarazo de Mónica, mas los chismes corren y las noticias llegan. Un dulce varón tuvo con el blandengue. Está ahora débil y confuso. Piensa con una tristeza que combate: «Ella es feliz. No merece ser feliz. No he decretado que lo pueda ser». Pero siente un sollozo interno que, afortunadamente,

no se refleja ni en un milímetro de su cabello. Se pensaría que está impávido, que ni siquiera el aire puede tocarlo. Pero por dentro está doblegado, con las rodillas pegando el pecho, rogando por los mimos de su madre.

El padre del misógino le dijo que iba ser así, que las mujeres solo buscan dinero y secar al hombre, que la madre del misógino estaba controlada porque él era duro y las hembras necesitan tratos de fuerza que les demuestren que están protegidas. Y si acaso su mente le regala un instante para revivir el tacto de consuelo de su madre que lo acuna, inmediatamente regresa el discurso paterno que lo pone en orden.

—Pero si es el niño de mamá— decía el padre del misógino acompañándose de ademanes burlones. Y luego le recalca a su madre con un grito sostenido —Nunca va a llegar a ser un hombre de verdad si los sigues consistiendo. Así es como el misógino, que en ese momento es otra vez un niño de cinco años, experimenta nuevamente una furia hacia sí mismo, hacia su madre que lo hace menos hombre y lo aleja de la aprobación del padre. La voz gritando dentro de su cabeza emula el llanto del infante: «Le pegué a mi mamá durante cuatro minutos, le pegué a la baldosa del piso hasta que mis manos se moretearon, pero mi hombría no resurgió del suelo. No valgo nada, no valgo nada...».

Después de que llega a su mente este último recuerdo, del centro mismo de su mente, emerge una niebla que recubre los pensamientos como un manto, los traga por completo y hasta pareciera que ya no existen. Sale del trance, lo primero que ve es a la recepcionista del edificio. Él le sonríe y ella le sonríe. Hacen una broma o dos y el misógino inicia sus labores como Jefe de Gestión Humana. Hoy le espera una tarjeta de parte de sus compañeras por su sexagésimo aniversario porque, dicen ellas: «Siempre se ha mostrado tan bueno», «Es todo un caballero».